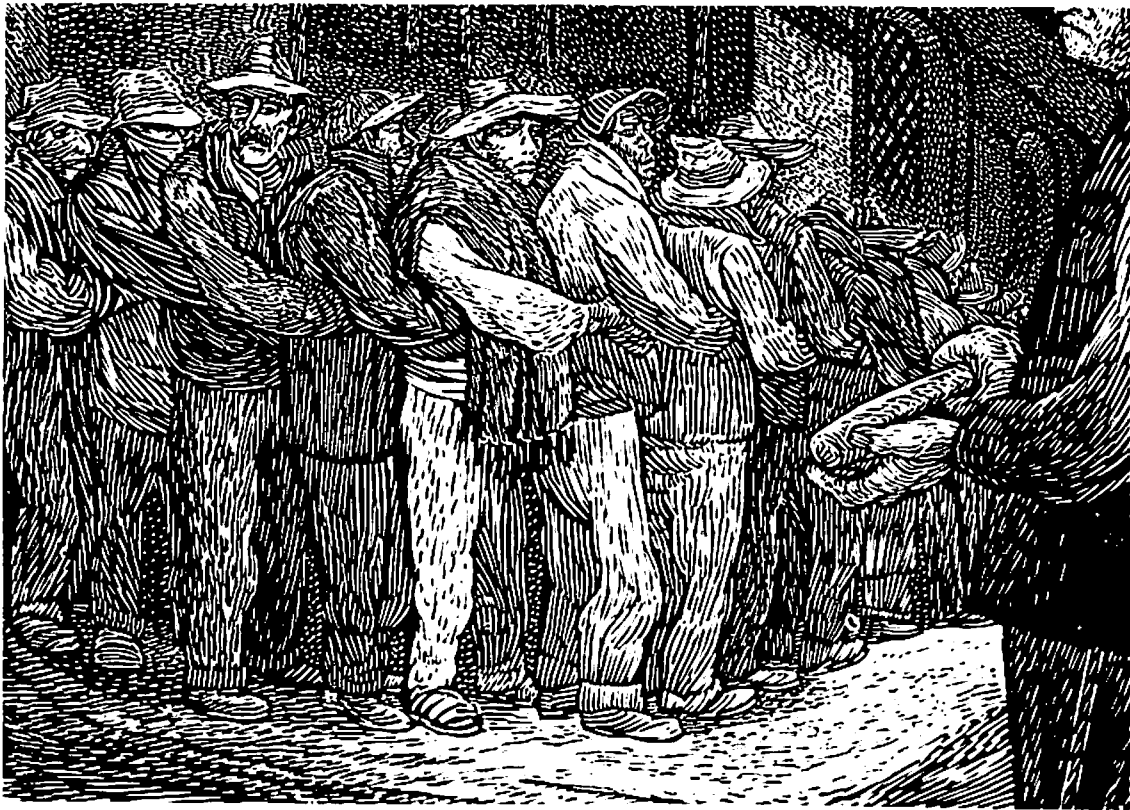




Cuatro apuntes sobre la poesía católica en México

Juan Domingo Argüelles



Una de las mayores contradicciones de la cultura nacional es que siendo México un país mayoritariamente católico, la atención que se ha dispensado a la literatura religiosa y, en particular, a la poesía religiosa, es más bien escasa cuando no inexistente. Ello, en gran medida, a causa de un extremismo "laico", por el lado de los cultos, y a una tremenda ignorancia de la cultura, por el lado de la mayoría católica.

Ello a pesar de que, desde tiempos de la Colonia hasta nuestros días, México ha tenido magníficos poetas religiosos entre los que destacan, en el presente siglo, Alfredo R. Placencia (1875-1930), Concha Urquiza (1910-1945), Carlos Pellicer (1897-1977) y Manuel Ponce (1913-1995), figuras literarias que podemos leer y releer con absoluta admiración.

Las siguientes páginas son apenas unos apuntes a propósito de estos cuatro poetas católicos, que, sin duda alguna, merecen el más alto destino de la atención lectora en una nación que, por desgracia, desconoce a sus mejores exponentes dentro de la cultura cristiana. Ojalá que estos apuntes sirvan para que un lector abrevé en estas fuentes deleitosas.

En 1990, la Dirección General de Publicaciones del CNCA rescató y reeditó, en la tercera serie de la colección Lecturas Mexicanas, *El libro de Dios* del poeta jalisciense Alfredo R. Placencia. El prólogo es obra del también poeta Javier Sicilia quien, entre otras cosas, señala que muy pocas veces la poesía religiosa mexicana ha alcanzado tanta intensidad como en *El libro de Dios* cuya primera edición fue hecha en Barcelona, España, en 1924.

Añade que Placencia "fue un espíritu hondamente religioso que vivió con intensidad la presencia redentora de Cristo. Sus poemas son la expresión de un alma que se reconoce impotente y miserable para acceder a la salvación, pero que en medio de su miseria no deja de clamar, con la clarividencia de los que han perdido todo, que la vida es Gracia..."

Ejemplos de esta intensidad son los siguientes, inolvidables, versos de amor religioso, que sin duda se encuentran entre lo mejor que se ha escrito en México en esta vertiente:

"La tibia luz de la luna/ le está besando en la sien./ No os acerquéis a su cuna,/ idos yendo, leves auras, una a una;/ dejadla que duerma bien./ Dejad que no más la luna/ le esté besando en la sien,/ Que no canten las palomas./ Que le cerquen con aromas/ las manzanas y las pommas/ de Salén./ Que se rieguen los sonidos/ por el monte y por las lomas./ Que no canten las palomas,/ que se estén en paz los nidos,/ que la Amada duerma bien."

De la gran michoacana Concha Urquiza dice José Vicente Anaya en el prólogo de *El corazón preso* (Dirección General de Publicaciones del CNCA, 1990, colección Lecturas Mexicanas, tercera serie): "en su corta estancia aquí en la Tierra dejó una gran estela de amor, que va de su deleitosa poesía místico-erótica a las amistades que cultivó."

Juan Domingo Argüelles. Poeta y ensayista. Es autor de los libros de poesía *Como el mar que regresa* (1990), *Canciones de la luz y la tiniebla* (1991), *Cruz y ficciones* (1992) y *Agua bajo los puentes*. Entre otros reconocimientos, ha recibido el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta (1987) y el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen (1992).

Y dice más: “La vida de Concha Urquiza fue tormentosa por intensa[...] A los 35 años dejó una obra extensa y madura que muy pocos poetas alcanzan a esa edad. Ella se calcinó en el fuego de sus contradicciones”.

El corazón preso se debe a la recopilación de Gabriel Méndez Plancarte y a la reunión de los poemas dispersos que llevó a cabo el propio José Vicente Anaya.

En donde quiera que se abra este libro, encontramos extraordinaria poesía. Los aspectos singulares de esta obra, que había estado hasta cierto punto relegada, no sólo son la intensidad y la belleza, sino también el gran dominio de la forma, la destreza total, ya que Concha Urquiza experimentó permanentemente con la palabra y consiguió, casi siempre, magníficos resultados. Ejemplo de ello es el poema “Invitación al amor”, cuyas rimas internas son, indudablemente, prodigiosas:

“Amigo, ten el paso presuroso;/ mira este valle umbroso, esta pradera/ donde la primavera se derrama/ y su sagrada llama va agitando,/ el cáliz desatando de las flores/ que escondidos amores enardecen./ Mira cómo se mecen en el viento/ con leve movimiento rama y nido./ Pon atento el oído al son del agua/ donde el paisaje fragua un espejismo,/ amándose a sí mismo en ser ajeno./ Gusta el soplo sereno de la brisa,/ y la tierna sonrisa de este cielo,/ y el misterioso anhelo de las cosas.”

Otro gran poeta religioso nacido en Michoacán, el padre Manuel Ponce, consiguió, en los últimos años de su vida, un poco de la mucha revaloración que merece gracias, sobre todo, al empeño que puso Gabriel Zaid en su difusión y análisis. La reedición de su *Antología poética* (CNCA, 1991, tercera serie de la colección *Lecturas Mexicanas*) que, en 1980, preparó y prologó el propio Zaid para el Fondo de Cultura Económica, ha sido uno de los mayores aciertos en el ámbito cultural mexicano, en un medio católico que ignora casi todo del sustento de su cultura.

Desde hace varios años, gracias a la sensibilidad y a la inteligencia de Zaid, la poesía del padre Ponce alcanzó al menos el aprecio de un sector de las nuevas generaciones que por ignorancia (y a veces por soberbia) tenía a la poesía religiosa como algo ajeno. Pero ¿cómo puede ser ajeno a un lector sensible un poema de la siguiente magnitud?

“Déjame en la penumbra de mi cielo,/ en mi dichoso olvido inacabable,/ navegar a merced de lo improbable/ en tanto boga mi bajel desvelo./ No quieras, no, romper el duro hielo/ que suspendió mi sangre transitable,/ ni el lirio de la muerte inmarcitable/ quieras plantar en imposible suelo./ Déjame, en fin, seguir mi muerte oscura,/ para extraer de tu inefable canto/ la vida que me niega la ventura./ Y no alteres la ley de mi quebranto,/ porque siendo razón de tu amargura,/ yo viviré mientras te dure el llanto.”

Gabriel Zaid ha definido la obra poética de Manuel Ponce como una “teofanía verbal”, es decir como “un milagro”. No es excesivo decirlo. La poesía de Manuel Ponce es un milagro para los últimos años del presente milenio. Cada vez que leemos los espléndidos versos de Manuel Ponce, la poesía revive: “Amor, no te conocía,/ ni tampoco te creía,/ hasta que tu fuego, amén,/ me ha consumido recién,/ ¡y quién sabe todavía!”

Por su parte, el tabasqueño Carlos Pellicer le regaló a la poesía mexicana una de las más luminosas y exuberantes obras, cualidades éstas contradictorias pero que en Pellicer se alían, encuentran el equilibrio y se resuelven en una suerte de milagrosa paradoja.

Para quien haya detenido los ojos, al menos una vez, en las páginas del autor de *Práctica de vuelo*, quedarán resonando siempre en su memoria, por muy mala que ésta sea, esos versos sorprendentes que definen por entero el talento de Pellicer y que valen por todo el viaje, en la selva de palabras, que el poeta nos invita a hacer en el luminoso y tórrido reino del día. Por ejemplo, el famosísimo dístico “Aquí no suceden cosas/ de mayor trascendencia que las rosas”, incluido en su primer libro, *Colores en el mar*, o bien el arranque mismo de ese libro inaugural: “En medio de la dicha de mi vida/ deténome a decir que el mundo es bueno...” Y aquel otro verso tan diferente, pero también extraordinario de 6, 7 *poemas*: “Agua crepuscular, agua sedienta”; el impar y no menos espléndido “Todo será posible menos llamarse Carlos”, de los *Poemas no coleccionados* y prácticamente todas las estancias del “Estudio”, de 1927, dedicado a J. M. González de Mendoza, en donde encontramos versos que indudablemente están entre las joyas de la poesía mexicana: “El agua de los cántaros/ sabe a pájaros” y “Hay azules que se caen de morados.”

Pero junto con esto, a lo largo de toda la obra poética de Pellicer encontramos una invocación religiosa que se expresa lo mismo de manera implícita que explícita y que entrega al amplio paisaje de la poesía mexicana uno de sus mejores momentos.

Escribe Pellicer desde su primer libro: “Loemos al Señor que hizo en un trueno/ el diamante de amor de la alegría/ para todo el que es fuerte y es sereno”.

Cuando, en 1969, Guillermo Fernández llevó a cabo la *Primera antología poética* de Pellicer, destinó cuatro apartados fundamentales para distinguir las temáticas del poeta, y junto con los poemas líricos, heroicos y del paisaje, incluyó también los religiosos, que constituyen una parte fundamental de la poética pelliceriana.



De hecho, en 1978, Carlos Pellicer publicó un volumen específico de poesía religiosa cuyo título es *Cosillas para el nacimiento* y acerca del cual el poeta explicó lo siguiente: “Los pequeños poemas que siguen hablan de mi pasión por todo lo cristiano. Creo en Cristo como Dios y la única realidad importante en la historia del planeta. Todo lo demás –arte, ciencia, etcétera– es accesorio, secundario y anecdótico”.

A lo largo de varias décadas, cada Navidad, el poeta ponía “El nacimiento” en su casa, práctica en la cual fue iniciado por su madre. Y al respecto llegó incluso a decir: “Estoy seguro que es lo único notable que hago en mi vida”. Los villancicos de *Cosillas para el nacimiento* fueron el complemento de esa tarea y nos muestran a un Pellicer reverente y fervoroso que siempre tuvo hacia lo sagrado un absoluto respeto, en donde jamás se permitió ironía alguna.

En 1948 escribió: “La noche está encendiendo/ caminos reales/ y entre un lucero y otro/ se va la tarde./ En el Valle de México/ Cristo ha nacido./ Quien tenga corazón/ no lo tenga escondido.”

“La vida sin Cristo,/ ya no es camino”, escribió Pellicer en un dístico de 1955. Reverente ante lo sagrado en casi todo lo que escribió, Pellicer es uno de nuestros mayores poetas religiosos; un poeta cuyas virtudes cristianas reales de generosidad y humanismo se trasladan a la página y se concretan en poemas extraordinarios.

Dar a Placencia, Urquiza, Ponce y Pellicer los sitios que les corresponden en la literatura mexicana es recuperar una parte fundamental de nuestro paisaje lírico. En términos negativos, resulta casi un milagro que en una nación de católicos los católicos no lean siquiera a sus poetas; Dios quiera que, en algún momento, se opere el milagro inverso y que por fin los católicos lean las maravillas, las teofanías verbales de estos autores de prodigios. ○